



propia estatua de la ciudad: la de la India o la Noble del lugar que hoy ocupa, el mismo "Campeona de Marte" en 1837—por iniciativa del Conde de Villanueva. Sucedió que en 1863 la había trasladado al Parque Central. Doce años después, en 1875, cuando el héroe o al menos los héroes primitivos. Y en 1928, cuando el héroe o al menos los héroes primitivos, fue transformado en Plaza de la Fraternidad, la reproducción permaneció, sin más desahucios vejaminosos, en su sitio. La esculpió Giuseppe Gaggini.



Estatua de Martí. Sustituyó a la de Isabel II. Y está en el Parque Central, con su chato valor artístico y su paso de gran caminante. Tiene un mérito: el de haber sido el primer monumento de bronce en la ciudad. Mas Cuba Libre hizo alzar por suscripción popular. Artista italiano, tal estatua de Martí se ha ido grabando a fuego en la memoria del día en que, al fin, el monumento digno de la Patria, agradecida, elevó al héroe-mártir de sus libros. Inaugurada en 1905 por Estrada Palma y Máximo Gómez. Obra del escultor José V. de Saavedra.



La estatua ecuestre de Máximo Gómez, en la Avenida del Puerto, flanqueada por las calles de Zulueta y Monserrate—que bajan, rectas, desde el ombligo urbano de la ciudad—es la del genio militar por generación espontánea, todavía montado a caballo; pero ya en el reposo de la grupa. Es como una bandera de bronce y piedra que saludase, a la entrada del canal de la bahía, a todos cuantos llegan. Guardián capitalino por derecho propio, ya que quien abrió, a filo de machete heroico, la ruta de la independencia cubana, bien puede montar centinela sobre su destino. El Generalísimo es, todavía hoy, en que la ciencia militar ha avanzado hasta poder rasar al mundo como la palma de una mano, admiración de los técnicos de Academia. El artista italiano Aldo Gamba fué el autor de la estatua. Ha sido inaugurada en 1935.



¿Cómo podía ser eternizado Maceo sino así, como lo está en la estatua ecuestre, que es el centro de la circunferencia del parque de su nombre, entre San Lázaro y Malecón? Así, a lomos del caballo caracolante, como en las mil batallas victoriosas como en el Mal Tiempo cumbre, en que un anónimo "Vate de la Campaña" ofreció en verso popular al héroe "de bronce y sueño", como hubiera rimado otro poeta (éste español, contemporáneo y también víctima de la Libertad: Federico García Lorca). "En medio de aquel tropel — y veloz como el deseo, — parte el general Maceo — montado en bravo corcel..." Erigióse el monumento al Lugarteniente General del Ejército en 1916. Escultor: Domenico Bori.

ESTATUAS DE LA CIUDAD

POR GERARDO ALVAREZ GALLEGO

gráfica ha recogido, casi al azar, una docena de la ciudad. Naturalmente que en La Habana más, y muy representativas. Ya lo decía el poeta: "la ciudad refleja en sus monumentos su historia".

En estos días—en este rápido desfile reporteril muchas miradas tan distintos como Carlos III y Fernando VII—tan resplandeciente en el alto mármol del bello antiguo Casa del Gobierno; las de Albear, los de Finlay, Pozos Dulces, Juan Clemente Zenea, el de la Cruz, Saco, José Miguel, Gonzalo de Arce, Teodoro Roosevelt, Wood, Wilson, Alejo, Mariana Grajales, Pasteur, América Arias, el "totum-revolutum" que no nos viene a la memoria otro día salgan esas estatuas en otros repartos corria prisa reproducir el friso de algunas estatuas existentes—tiempo habrá de sacar a la luz más raras—antes de que invada la ciudad el

nuevo tipo de estatua abstracta, que tanto en la mala era la vieja estatua, ridícula y académica, de bronce en el brazo estirado, como interrogante. Mas las estatuas bloques, las estatuas a merced de los Metzner... sin Metzner, o el arte arqueológico de Grecia, sin el gongoloso? ¡Bien está lo nuevo, bien! Pero incorporarnos—cuando, además, ya está el arte de Duchamp-Villén.

En fin, sin pedanterías, ahí están las estatuas. Algunas estatuas. Desde las edades de bronce hasta la Eternidad los hombres han aspirado a perpetuar la forma física. Gracias a ello, no se han hundido en el tiempo los héroes representativos. Y aunque nos callemos en ellas, por ejemplo, Gregorio Magno, no hay que olvidar lo que rimó Juan Cocteau: "... las estatuas son eternos de las plazas, bajo la lluvia, la luna y el insomnio".

primando ya. En la chistera de la lluvia... hacer las caricias, ¿es apetecible—al cubismo

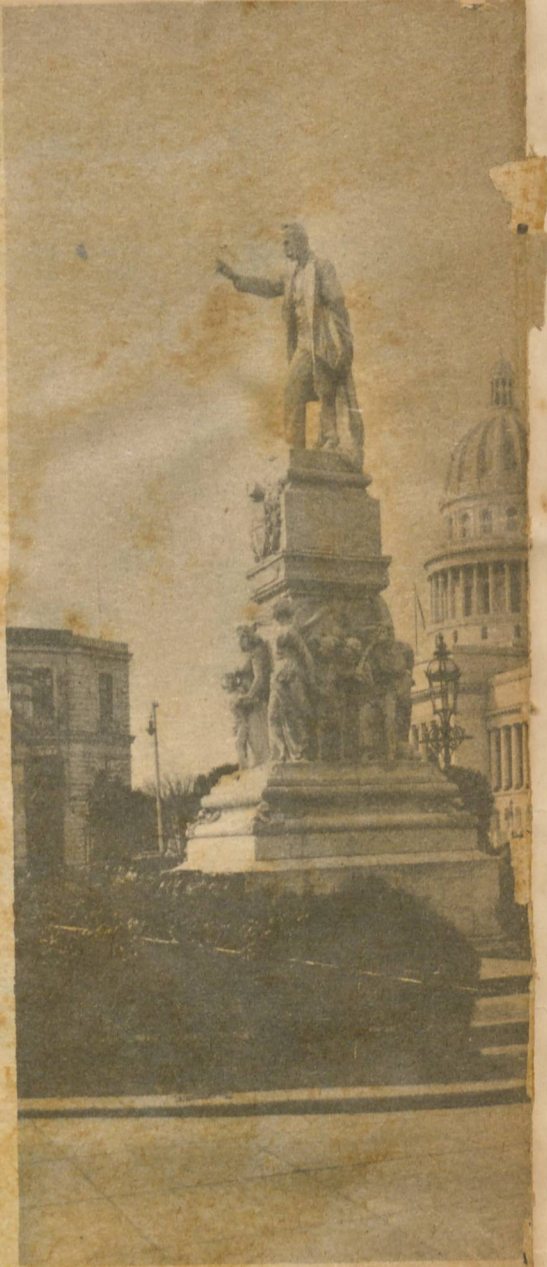
tuas de La Habana, la humana, de los hombres, la Eternidad los hombres lo que dijo de que hacerlo de los huéspedes de la noche, el sol y el



La segunda estatua por suscripción popular que la capital de la República, en nombre de toda ella, elevó, ha sido en honor de José de la Luz y Caballero. Tuvo su primitivo asiento en La Punta, en el año de su inauguración (1913). Luego, el maestro por antonomasia de las juventudes cubanas—maestro de muchas cosas insignes: de teología y de jurisprudencia, de psicología y de mística; pero, sobre todas, de una: de exérgica patriótica—fué víctima, ya burilado en la piedra de la inmortalidad, de un destino ambulatorio parecido al que presidió su zarandeada vida errante. Se le trasladó, en 1935, el parque del litoral. Pero él estará siempre en un solo sitio: el corazón de los cubanos que deben a sus prédicas y, más aún, a sus actitudes, la forja de entereza para luchar por la Patria manumitida de la tiranía del coloniaje.



Un caso irónico parece perseguir el monumento alzado en el jardín que, frente al actual Palacio de la Presidencia, se conoce por su nombre, al Presidente Zayas. No le importaba que a su monumento en vida le firaran piedras. "Ya me arrojarán rosas", decía con un gran sentido de la psicología de multitudes. Pero lo que no pudo adivinar es que llegaría un día en que habrían de desalojarlo de su pedestal. Ese día, sin embargo, va a llegar... El desahucio de la estatua del Presidente Zayas ha determinado la construcción, a su espalda, del Museo Nacional. Quizás no sea tanto por la perspectiva que le resta al novísimo edificio, como porque resultaría justo que a Zayas, al que tantos cosas se le dijeron, también se le acusara de enemigo de la cultura, de la que fué gran devoto y practicante.



primero, naturalmente, la propia estatua de la ciudad: la de la India o la Noble Habana. Está de vuelta en el lugar que hay ocupa, el mismo "Campo de Marte" en donde fué erigida—año de 1837—por iniciativa del Conde de Villanueva. Sucedió que en acuerdo municipal de 1863 la había trasladado al Parque Central. Doce años después, logró retornar a sus lares primitivos. Y en 1928, cuando el bélico o al menos cuartelero Campo de Marte, fué transformado en Plaza de la Fraternidad, la representación alegórica de la ciudad permaneció, sin más desahucios vejaminosos, en su viejo sitio. La esculpió Giuseppe Gagini.

Estadua de Martí. Sustituyó a la de Isabel II. Y está en el Parque Central, con su chato valor artístico y su paso de gran caminante. Tiene un mérito: el de haber sido erigida por Cuba Libre hizo alzar por suscripción popular. Artista tal estatua de Martí se ha ido grabando a fuego en las mentes de las nuevas juventudes patrias, y aun hará sensible su recuerdo a la Patria, agradecida, eleve al héroe-mártir de sus libertades. Inaugurada en 1892, por el general Máximo Gómez. Obra del escultor José V.

ESTATUAS DE LA CIUDAD

POR GERARDO ALVAREZ GALLEGO

LA cámara fotográfica ha recogido, casi al azar, una docena de estatuas de la ciudad. Naturalmente que en La Habana hay muchas más, y muy representativas. Ya lo decía el viejo Sócrates: "la ciudad refleja en sus monumentos su conciencia histórica."

En este rápido desfile repertorio muchas estatuas: la de reyes tan distintos como Carlos III y Fernando VII, la de Colón, tan resplandeciente en el alto mármol del bellísimo patio de la antigua Casa del Gobierno; las de Albear, los Estudiantes del 71, Finlay, Pozos Dulces, Juan Clemente Zenea, Cervantes, Manuel de la Cruz, Saco, José Miguel, Gonzalo de Quesada, Félix Varela, Teodoro Roosevelt, Wood, Wilson, Alejandro Rodríguez, Mariana Grajales, Pasteur, América Arias, y tantas más en el "totum-revolutum" que no nos viene a la memoria. Quizás otro día salgan esas estatuas en otros reportajes. Pero nos corría prisa reproducir el friso de algunas de las más notablemente existentes—tiempo habrá de sacar a luz pública las más raras—antes de que invada la ciudad el

nuevo tipo de estatua abstracta, que tanto le gusta a Duchamp-Villén. Mala era la vieja estatua, ridícula y académica, de bronce en el brazo estirado, como interrogante. Mas las estatuas bloques, las estatuas a merced de los Metzner... sin Metzner, o el tipo de estatua arqueológica de Grecia, sin el gongoloso? ¡Bien está lo nuevo, bien! Pero no se incorporarnos—cuando, además, ya está de Duchamp-Villén.

En fin, sin pedanterías, ahí están las estatuas de la Habana. Algunas estatuas. Desde las edades céntricas ha aspirado a perpetuar la forma física de los héroes representativos. Y aunque nos callemos de ellas, por ejemplo, Gregorio Magno, no hay que olvidar lo que rimó Juan Cocteau: "... las estatuas eternas de las plazas, bajo la lluvia, la lluvia y el insomnio".